

CUADERNO DE AMOR
(Cahier d'amour)

Gisèle d'Estoc

Traducción de José M. Ramos González
© Por la traducción. 2006

Salgo del fragor de esta embriagadora y agotadora lucha, con los muslos todavía ardientes y llenos de deseo.

Esta unión de la pareja, el éxtasis del sexo, me parece más fuerte que el amor, mucho más violenta.

Apenas finalizado este largo abrazo donde le he prodigado mis caricias más sabias, mi amante, con los ojos todavía brillantes por el éxtasis, me ha susurrado al oído: « Verdaderamente eres la mujer de mis deseos carnales.»

Joven mujer, en cada instante, tengo el deseo de mostrarme desnuda.

Mi amante ha escrito en una hoja de papel: « Jamás podré olvidar la embriaguez de nuestro amor.»

Ayer me ha dicho: « No poseemos nada ni a nadie. Corazón a corazón, boca a boca, siempre seremos seres distintos, por no decir extraños.»

Siento que a partir de ahora estoy ligada a él con todo mi corazón, con todo mi cuerpo.

Norah Bell¹, esa admirable muchacha, que tiene un auténtico cuerpo de escandinava bajo esa rubia melena, ha venido ayer a mi casa. Hacía mucho tiempo que no la veía, desde la famosa cena con el banquero J... que generosamente me la había arrojado en brazos. Todavía está más guapa. Precisamente, esa noche yo tenía necesidad de aturdirme. Hemos bebido champaña. Al final, estábamos muy alegres, casi borrachos. Varias veces, nos abrazamos durante rato, apasionadamente. Crébillon hijo², describió esas atrevidas caricias en unas páginas muy hermosas.

Habiéndose desencadenado una formidable tormenta, Norah, que tenía terror a los truenos, solicitó acostarse conmigo... En ningún instante he tenido el sentimiento de que estaba cometiendo un acto contra natura.

Durante tiempo, mi amante acaricia mis senos desnudos, luego su mano enfebrecida se desliza sobre mi costado, se insinúa entre mis muslos, se extravía en lo más íntimo de mi carne. Inclinado sobre mi garganta, murmura palabras arrulladoras, viejas como el amor, palabras completamente perfumadas de ternura o ardientes de voluptuosidad.

Esos besos, esas caricias, esas palabras producen en mi cuerpo deliciosos estremecimientos.

¹ No es posible identificar a esta mujer. Esta situación se producirá, con mayor razón, con las personas que no serán designadas en el transcurso del texto, más que por misteriosas iniciales.

² Célebre autor de *relatos libertinos* (1707-1777)

¡Nunca he conocido un amante tan fogoso en el fragor del placer! Realmente es el magnífico compañero de mis fiestas carnales.

Un día en el que le preguntaba sobre su hora preferida para hacer el amor, me respondió con mucha franqueza: « ¿La hora del amor? la noche. Pero todas las horas son buenas para mí. Sin embargo, la hora que prefiero, es el atardecer, sin duda porque es triste como el amor, *voluptas tristis*» Dijo esto con esa voz incomparable en la que a veces sonaba como un instrumento peligroso.

Una reflexión: « Acabo de terminar *El Horla*³ ¡Todo el mundo va a decir que estoy loco! » Y se ha reído de un modo extraño, como ido.

Ha menudo se ha dicho que cuando Guy de Maupassant escribió *El Horla*, ese cuento fantástico, alucinando al estilo de Edgar Poe, ya estaba loco. Eso es un error. Jamás, escribiendo este relato, Guy ha dado una mejor prueba de su equilibrio mental. Incluso- y esto no ha sido suficientemente subrayado- no creo que haya existido nunca un hombre, excepto Shakespeare, tal vez, que haya podido tratar este tema con tal sentido de la alucinación, ni ir más lejos en el desdoblamiento de la personalidad, poseyendo en todo momento esa espantosa lucidez sobre lo inverosímil.

³ La primera versión del Horla fue publicada en el Gil Blas, el 26 de octubre de 1886. La versión definitiva apareció en volumen en mayo de 1887.

Guy era muy supersticioso como lo son a menudo los grandes espíritus. Un día me dijo: « Esta noche, he soñado que Henry Alis⁴ se ahogaba. Temo que le haya sucedido alguna desgracia. » La noche de ese mismo día se le comunicó que su amigo estuvo a punto de ahogarse.

También creía en la premonición. En varias ocasiones llegó a predecir acontecimientos que se cumplieron, *con todo tipo de detalle*.

Muchas veces me ha preguntado sobre la vida de los pintores, sobre sus inquietudes en su trabajo. Me ha pedido detalles sobre la atmósfera que se respira en los talleres, sobre el misterioso proceso de inspiración que se opera en un artista.

Luego comprendí que mi amigo debía, por aquel entonces, estar trabajando en su novela *Fuerte como la muerte*⁵ cuya lectura siempre me ha perturbado.

Todavía allí, he podido constatar su conciencia en todo lo que escribía; he admirado su escrupuloso trabajo de documentación. Él mismo me ha dicho: « El libro es algo inanimado, la auténtica vida está en nosotros, todo aquello que sepamos descubrir en nosotros mismos, en nuestra complicación. Escribiendo un libro, no hago más que fijar sobre el papel una serie de sensaciones o imágenes preparadas por adelantado y que destaco de entre la multitud de mis sensaciones.» Y aun: « Un libro, no es más que la recopilación de unos momentos

⁴ Hippolyte Percher, llamado Henry Alis, periodista, nacido en 1857.

⁵ Novela publicada en mayo de 1889

dispersos de nuestra existencia, que participamos a lo demás, por medio de signos convencionales.»

Ciertas noches, en los brazos de Guy, y bajo la llama de su voz, me siento más vibrante, mas agitada, más patéticamente voluptuosa.

Para él, el éxito es una forma irónica del fracaso. Ante las personalidades oficiales, se siente afectado por el sentimiento de la nada.

Los espíritus elevados conocen la amargura más que la alegría del éxito.

Este hombre de apariencia equilibrada podía tener crisis de cólera espantosas. ¡Era mimoso como una mujer! Y luego se volvía terrible, como una fiera. De una fuerza hercúlea, un día blandió ante mí una daga de acero hablando de un editor extranjero que le había querido robar. Capaz de afecto e incluso de ternura, hizo prueba con su hermano Hervé⁶ de un afecto vigilante y clarividente.

Al lado de este estilo de choque que habría podido hacer de Guy un polemista temible, había una especie de escritura de encantamiento misterioso, de fascinación hipnótica abrasadora, insinuante, con un gusto a música y voluptuosidad, con grandes frases en los movimientos acunados, en las palabras irisadas.

¿En este estilo no encontramos al hombre?

⁶ Hervé de Maupassant, de seis años más joven que Guy, murió loco el 13 de noviembre de 1889, a la edad de treinta y tres años.

Embriagado por el olor de la tierra y de los bosques, mi amante (el fauno) se exaltaba a veces hasta el punto de delirar verdaderamente como un simple enamorado normal. Entonces, nuestras declaraciones, nuestros proyectos, nuestras caricias se asemejaban extrañamente a sinceros juramentos. Comedia que multiplicaba todavía más nuestro placer y donde nada debía atenuar, al minuto siguiente, el deseo alcanzado.

Recuerdo una tarde, en Bezons, en la que me juró, con un acento de absoluta sinceridad, unir toda su vida a la mía. « ¡Para siempre!», exclamaba, unido a mí, en un apasionado abrazo. Luego con voz ensordecedora, añadió: « Nunca he amado a ninguna mujer. Pero a ti, a ti, te amo furiosamente, con todas las fuerzas de mi ser.»

Otra tarde en Sartrouville, experimentó un goce exasperado viéndome acariciar a un bello y fornido muchacho cuyo desnudo de cariátide evocaba una estatua de la antigüedad. Mirando sus ojos cargados de pasión, comprendí lo que deseaba de mí. Por toda respuesta, obligué a mi amante a besar mis senos desnudos. Un instante después, el hombre me arrastraba bajo los bosquecillos [...⁷]

Lo que siempre me divierte cuando acabo de estar con mi amante, es pensar que paso en el mundo por una mujer...inexpugnable. Y allí estoy yo, completamente desnuda, solamente para él.

Se ha dicho con frecuencia que Maupassant se dejó deslumbrar por lo que se llama la alta alcuernia

⁷ La continuación de este fragmento ha sido tachada.

mundana, el mundo de la aristocracia y de la banca. Si él lo frecuentó, como Balzac antes, y después Paul Bourguet, era a fin de conocerlo y observarlo. Si se mantuvo en él, fue tal vez porque las mujeres lo retuvieron. Pero estaba en su derecho, supongo. Sin embargo no se puede decir que fuese por vanidad o esnobismo. El expresó con bastante claridad y libremente su opinión sobre las altezas y las personas de ese ambiente: « Príncipes, por todas partes, ¡aquellos a quienes gustan los príncipes pueden estar felices!» « Hay pocas mujeres de mundo que no mantengan a su artista o a sus artistas, y ofrecen cenas para éstos a fin de hacer saber en la ciudad y en la provincia las inteligencias que en su casa se reciben.»

Recuerdo con que tono guasón, una noche, después de cenar, me deslizó en el oído, indicándome a un banquero parisino muy conocido: « ¡Eh! ahí tienes una buena boca de banquero!»

Y con la misma malicia burlona de Voltaire, un día que se le pedía que contase una historia de bandoleros, comenzó así: « Era una vez un granjero general... » y no iba más allá.

¿Acaso no se ha llegado a decir también que en su sala de estar no había más que un libro: el almanaque Gotha? Leyenda propagada por un colega envidioso y celoso que vio aislado sobre una mesa de salón, un volumen que figuraba, sin duda entre otros, sobre un estante de su biblioteca. También se ha dicho que poseía con ostentación un juego de cubiertos de plata con escudo de armas. ¿Acaso debía ocultar su plata familiar? ¿Estaba más de adorno que para servir? ¿No se ha escrito que

tenía una corona en la cofia de su sombrero y que se hacía llamar « Señor Marqués » por su mayordomo⁸? Se sonríe y se encoge de hombros cuando se le refieren todos estos rumores.

¿Cómo puede suponerse que Maupassant, que ponía el pensamiento por encima de todo y no quería sobrevivir al naufragio del suyo, hiciera más caso a la nobleza que debía a su nacimiento que a la que debía a su genio?

Tal vez no sea tan inútil desmentir todos estos cotilleos, sean todo lo mezquinos que sean, ya que siempre se encuentran periodistas para repetirlos y lectores crédulos que podrían darles crédito.

No se debe pues juzgar su carácter según su humor durante los meses que precedieron a su ingreso en la clínica del doctor Blanche⁹. Si se ha mostrado nervioso con algunos editores, directores de periódicos o de teatro, fue porque ya no tenía dominio sobre sí mismo.

Lo que hace sin duda que yo experimente tanto placer en vivir junto a Guy, es que estamos en plena armonía sexual.

Una observación de mi amante: « Comprendo tu juego; en el fondo, en esta fiebre de amor, tu no te buscas más que a ti misma. »

Otra observación: « Cuando estoy encerrado en mis manuscritos, nadie puede hacerme salir. »

⁸ François Tasart, autor de interesantes *Memorias sobre Maupassant*.

⁹ Famoso psiquiatra, que también tratará a Gérard de Nerval.

Para Guy.- Él no sabrá nunca quién soy. En mí coexisten varias mujeres o más bien varios seres extraños, inquietantes. Cada vez que él me brinda sus caricias, tiene la impresión de estar descubriendo una nueva mujer. Y creo que eso es lo que lo ata y retiene a mi lado.

Puesto que la felicidad me está vetada, tomaré mi revancha en el placer.

Con él, he realizado lo que hay de mas bello: un encuentro entre el sueño y la forma.

Al principio de nuestra relación, lo que me había sorprendido más de él, era una forma de amor poco convencional en los hombres, una especie de ternura respetuosa y pasiva. Ese sentimiento por parte de tal hombre me producía de por sí una ardiente alegría.

Después de una amplia, una apretada lucha donde nuestros cuerpos se buscan, se desnudan, se funden en un encuentro salvaje, él llega a emitir un largo y doloroso estertor, luego se desmorona a mi lado tumbado.

Esta noche, después de hacer el amor, me ha leído uno de sus poemas de juventud: *Egloga amorosa*. Esos versos peripuestos, chispeantes, a la manera de Piron¹⁰ y de Caylus¹¹, no me ha sido

¹⁰ Piron (1698-1773), escritor a menudo licenciado, enemigo de Voltaire.

¹¹ El conde de Caylus (1692-1765), arqueólogo y gran coleccionista de antigüedades, escribió unas obras libertinas

posible copiarlos en su totalidad. Sin embargo he aquí algunos, los menos... provocadores.

Égloga amorosa

*J'avais alors treize ans.
Ce jour-là, sous la grange,
Je m'étais endormi par
hasard dans un coin.
Mais je fus réveillé par un
bruit fort étrange
Et j'aperçus, couché sur
un gros tas de foin,
Jean, le valet, tenant dans
ses bras notre bonne.
Ils étaient enlacés je ne
sais trop comment
Et leurs derrières nus s'a-
gitaient vivement.
Je compris qu'ils faisaient
une chose très bonne.*

*Tenía entonces trece
años. Ese día, allí, bajo el
granero,,
Me había dormido por
casualidad en un rincón.
Pero fui despertado por un ruido
muy extraño
Y pude percibir, acostado sobre
un gran montón de heno,
a Jean, el criado, teniendo en sus
brazos a nuestra criada.
Estaban enlazados no sé muy
bien como
Y sus traseros desnudos
se agitaban vivamente.
Comprendí que hacían algo muy
bueno.*

Con una de sus amiguitas, Jeanne, que tiene catorce años, él quiere imitar a los enamorados:

*Elle me dit tout bas: «
Oh! tu me fais plaisir !»
Et je sentis soudain ses
deux bras me saisir:
Elle serra mes reins
autant qu'elle était forte;
Un grand feu de bonheur
nous tordit jusq'aux os.
Elle criait: « Assez, assez
! » et sur le dos
Elle tomba les yeux*

*Ella me dijo muy bajito: «
¡ Oh ¡ ¡ que gusto me das ¡ »
Y sentí de repente sus dos
brazos estrechándome:
Apretando mis riñones
con todas sus fuerzas;
Una gran llama de
felicidad se nos escurrió hasta
los huesos.
Ella gritaba: « ¡ Basta,
basta ¡ » y sobre la espalda*

(Cuentos orientales, 1743; Obras bromistas, 11 vol. 1748)

fermés comme une masse.

*Cayó, con los ojos
cerrados, como un fardo.*

Todas sus innumerables amantes no han podido hacerle olvidar nunca esta primera impresión de amor.

*Hélas! depuis ce temps,
j'ai tenu dans mon lit*

*Bien des corpos
différents, des ventres et des
cuisses:*

*Des flancs si bien
tournés, des seins tellement
lisses,*

*Qu'ont les eût dit taillés
dans l'ivoire poli.*

*Eh bien, malgré cela, je
n'ai pas oublié*

*Et tout mon souvenir à
Jeannette est lié !*

*Je la revois toujours,
mignonne, fraîche et blonde,*

*Qui s'en va devant moi,
montrant sa croupe ronde.*

*Por desgracia, desde esos
tiempos, he tenido en mi cama*

*Muchos cuerpos
diferentes, vientres y muslos:
Costados bien torneados, senos
totalmente lisos,*

*Como si estuviesen tallados en
mármol pulido.*

*Pues bien, a pesar de eso,
no he olvidado*

*¡ Y todo mi recuerdo está ligado a
Jeannette ¡*

*Siempre vuelvo a verla,
delgada, fresca y rubia,*

*Caminando ante mí,
mostrando su redonda grupa.*

Nunca pude explicarme los sentimientos por las demás: ensoñación, amor, tristeza, recuerdo. ¡Eso no quiere decir absolutamente nada para mí! Yo no deseo más que una sola felicidad: la única además que me sea permitida, gozar, agotar el momento fulgurante de voluptuosidad que me aportan las raras – demasiado raras- ocasiones.

Por esto aún, el encuentro con Guy fue una maravillosa aventura para mí.

A menudo pienso que soy un ser primitivo, como él, un ser pansensual, de un mundo anterior al alma y anterior a la sociedad. Somos de la misma raza maldita de los eternos errantes del amor.

Lo que me ha aproximado a Guy, es sin duda mi naturaleza faunesca. Siendo niña, adoraba los bosques, la naturaleza. Me extendía en la hierba, y deseaba furiosamente no ser más que una con la tierra. Siento intensamente la voluptuosidad de los olores. El olor fresco de la tierra mojada me transporta y me arroja en un verdadero estado de exaltación. No sé quién dijo: « Me dejo ir en la magia sensual del mundo como en una sinfonía.» Estas palabras me las puedo aplicar con toda exactitud.

Guy ama el Sena. Siempre lo atrajo el misterio del agua; liso y sedoso al sol, amarillento y chapoteante, los días de lluvia. ¿Qué poder mágico ha poseído el Sena sobre él? En Bezons o en Sartrouville, durante horas, le vi sentado a orillas del río. Seguía el fluir del agua, brillante de luminosidad o salpicado de sombríos reflejos. ¿Qué pensaba en esos momentos?

Un día me confesó que esa agua le hacía pensar en la mujer, según él pérfida, caprichosa, impenetrable; la mujer que, en los momentos en los que parece más sincera, siempre permanece indescifrable.

Cuando, en el pensamiento del abrazo imposible, en la idea de que jamás dos seres podrían

comprenderse y amarse, sentía que le invadía una terrible tristeza.

¡Cuántas veces me ha descrito esa agua con una precisión de pintor!

Ayer ha sido un día triste para mí, tuve la clara impresión de que la mirada de Guy estaba de pronto vacía.

A pesar de mis esfuerzos no puede encontrar la expresión de la mirada de antaño tan viva, tan luminosa. Como se percataba de mi desconcierto, creyó necesario decirme: « ¡Ah! ¡si hubiese tenido tiempo de vivir! ¡Pero, bah! no lamento nada. ¿Quién puede vanagloriarse de mi suerte? El mismo Flaubert, el más grande, no ha tenido ni la cuarta parte de mi suerte. Únicamente me gustaría de una vez por todas desprenderme de esta lasitud que me agobia, de este gusto ceniciento que en ocasiones me invade sin motivos. Me siento como un jarrón resquebrajado que pierde su contenido.»

Y, un momento después, vuelve a decir con monótona voz: « ¡Ah! si pudiese reducir en mí al hombre intranquilo, desgraciado, que duda de todo; si pudiese olvidar esta cruel desorientación, esta inaptitud para la felicidad.»

El mar siempre ha sido su gran pasión. A los diecisiete años quiso enrolarse como marino a bordo de un gran velero que hacía la travesía del Océano. Le habría gustado tanto llevar esta existencia, ruda, brutal, insensible, que hace participar al hombre en el incesante ritmo de la vida.

A veces, al atardecer, a la hora en la que el día acaba de morir en la ventana, a mi amigo le gusta acariciar mis senos desnudos. Deja correr sus manos enfebrecidas sobre la piel fresca y aterciopelada de mi pecho. Hoy me ha dicho: « Jean-Jacques tiene razón cuando confiesa que si la Sra de Epinay lo ha dejado siempre frío, es porque ella tiene dos abortos de frutos en lugar de pechos. ¡Soy completamente de su opinión cuando declara que una verdadera teta de mujer debe ser capaz de llenar la mano de un hombre honrado!»

Y cada vez se extasía con el goce que su caricia prolongada me procura, ese disfrute que él puede leer sobre la superficie de mi piel donde circulan unos estremeciéndooos, unas rápidos movimientos como la brisa genera en el agua.

« Me evado, huyo, tengo miedo.» Esas palabras garabateadas más que escritas, las he encontrado sobre la hoja desgarrada de un viejo carnet.

Esa pequeña y terrible línea me explica algunas cosas. Debe estar mucho más enfermo de lo que cree. De ahí sus horrosas depresiones, sus accesos de desesperación, sus injusticias contra la vida y contra los hombres. Me doy cuenta de que a partir de ahora cuando esté afectado por sus tremendas crisis, ninguna palabra amiga, incluso la mía, incluso la caricia de mis ojos, que el ama tanto, sabrá aportarle la calma y el consuelo necesario.

¡Ah! entiendo ahora ese deseo de huir ante el miedo; ese impulso hacia lo desconocido que de vez en cuando, le sorprende en los caminos del mundo..

Esas pobres palabras me explican esa necesidad de perpetua partida, su pasión por la soledad, su amor por la tierra desértica y salvaje. Y como me explico también ese lamento que se eleva a veces de su obra; ¡ese grito estremecedor de desencanto y de espanto!

He aquí porque, mejor que nadie, Guy, siempre tan propenso a la melancolía, consigue reflejar la dureza triste y gris de la verdad. Incansablemente cuenta la vida desgraciada del hombre sin esperanza, sin amor. Se diría que escucha una voz que emana de su ser. Eso provoca un canto triste, desesperado.

He aquí porque la mayor parte de los cuentos de Maupassant tienen ese acento amargo y desgarrador. Sus temas preferidos son: el hambre, el cansancio, el miedo.

Guy me enseña el borrador de un poema que una dama mundana, la condesa Potocka¹², le ha encargado. « Me doy perfecta cuenta, dice, de toda la debilidad de mis versos, pero debo entregarlos esta misma tarde. ¡Tanto peor para ella! »

Sur un éventail

*On m'a dit qu'à des
mains exquisés*

Cet éventail est destiné.

*Pour y mettre votre
nom, je n'ai*

Aucune des vertus requises.

Mais en rêvant à la

Sobre un abanico

*Se me ha dicho que ese
abanico*

*Estaba destinado a unas
manos exquisitas.*

*Para poner ahí tu
nombre, no tengo*

*Ninguna de las virtudes
requeridas.*

¹² La condesa Emmanuela Potocka, que fue una de las figuras más brillantes de la *Belle Epoque*, murió en la miseria en 1943.

Beauté
Qui me fait cet honneur
insigne
Dont s'exalte ma vanité,
C'est à genoux que je le
signe.

Pero soñando en la
Belleza
Que me hace ese insigne
honor
Del que mi vanidad se
exalta,
Es de rodillas como lo
escribo.

Guy de Maupassant¹³

Guy: Un corazón ardiente y orgulloso, un noble y gran cerebro. Conoce el precio del éxito y lo paga.

Éter: ¡Ah! ¡sentirse partir hacia esa maravillosa región donde el sufrimiento nunca llega! ¡Donde todos los sueños más audaces se convierten en realidad, donde se puede elaborar un mundo a antojo!

Aconsejado por él he respirado del frasquito dorado (que perteneció a la marquesa de Lamballe, regalado por Maria Antonieta); simplemente he respirado, ampliamente, suavemente, como si degustase un licor precioso en mi copa de cristal, delgada como una gasa. A la quinta aspiración, había abandonado la tierra. Entonces subía por los aires, sin esfuerzo. Era ligera, ligera como una hoja arrastrada por el viento. Una extraña música, llegada de lejos, acariciaba mis oídos; pronto, mi espíritu, con una fantástica lucidez, abandonó mi cuerpo. Todos mis tormentos habían desaparecido. Había olvidado esa tortura cotidiana: no conocer el amor

¹³ Se vendió este abanico el 24 de mayo de 1938, en el hotel Drouot, por la suma de 2190 francos.

tal y como siempre lo había imaginado. Esa dicha duró mucho tiempo. Cuando me desperté de mi sopor, la noche había caído. En la sombra adiviné la presencia de mi amante que, a su vez, proseguía, él también, con sus huidizas quimeras.

Mientras me miraba, creí percibir, durante unas décimas de segundo, en el fondo de su mirada, la confesión lejana, secreta, de una inmensa, de una indecible tristeza.

Pero más allá de esas chispas de desesperación, tal vez exista un inmenso dominio.

Varias noches después fuimos a Bezons bien solos, bien en compañía de Juliette D. Noches indescriptibles, de aniquilación de nuestros cuerpos.

Al día siguiente de una de estas noches, lo encontré pálido, deprimido hasta extremos inquietantes. Me dijo que no tenía ningún recuerdo de nuestro encuentro de la víspera y que sentía en la nuca como una horrible quemadura. Nunca había comprendido tan bien la estupidez de la existencia. Una vez más me habló del vacío de su vida de la que, tiene a veces tal horror, que ha pensado ya varias veces en quitársela. Sin embargo trabaja, con grandes dificultades, en una larga novela. Quisiera probar la inevitable soledad de la pareja: ese hombre y esa mujer que se creen unidos y que no se juntan nunca más que para hacer el mal, más fuerte que el amor. Él cree demostrar que la crueldad, el apetito de destrucción, son una base de alianza tan sólida como el amor y la amistad.

Suzanne L... ha llegado. Una muchacha ardiente. No piensa más que en el goce, en el amor.

Enorme, rubia, un poco gorda, pero ágil, treinta años.

Durante toda la comida ha estado locamente alegre. Tanto ella daba a su vecino sus bellos labios rojos y carnosos, como, medio desnuda, se ofrecía a mis caricias. En el momento en que yo iba a darle la vuelta bajo mis caricias, ella ha rehusado so pretexto de que su marido la esperaba...

¿Era sincera o bien representaba la comedia para atizar todavía mas nuestro deseo ya tan violento de sus besos y de su cuerpo?...

En ocasiones, me decía ayer mi amigo, tengo un sueño muy vívido: me encuentro acostado de espaldas, en la arena a orillas del mar. De pronto, me siento deslizar, deslizar. En ese momento una ola me cubre, luego otra, luego otra más. Y siempre me deslizo, lentamente. Siento que me dirijo hacia abismos insondable. encima de mi la luz es azul, de un azul lechoso estriado de oro.

Así me gustaría morir. A menudo tengo alucinaciones, pero nunca había visto con tanta claridad el día de los ahogados.

Acabo de ver en casa de Guy a una joven muy caprichosa. Aunque él no me haya advertido de esta visita, tuve la impresión de que había arreglado una velada contando conmigo, como así ha sido.

Mientras hablan de Bretaña, de dónde ella ha venido, yo me fijo en la visitante desconocida. Tiene un rostro redondo que exhala salud, sus ojos son azules, del azul de las lozas de Delfos. No sé porque, me recuerda a esas bigoudenesas de grandes senos

que, el año pasado, me habían perturbado tan extrañamente. En un momento, había estado tentada a acostarme seriamente con una de ellas, la más joven, que semejaba, con sus ojos rasgados, su faz amarilla y su pesado sombrero, alguna divinidad mongol. Pero el olor de su piel me había desagradado.

¿Fue ese el recuerdo que de pronto detuvo mi deseo de participar en la aventura de esa noche? Habiendo adivinado mi poca disposición, Guy se ha puesto entonces a hablar de temas del corazón, siempre incomprensibles, del ideal jamás alcanzado. Ha hablado solo como él sabe hacerlo, con ese acento humano y dominante. Ha analizado con mucho detalle la situación de la mujer en la vida sentimental. Ella comienza a amar cuando el hombre piensa ya en otra cosa. Luego ha hecho el elogio de las incuestionables ventajas del macho.

Dicho todo esto con el mayor acento de sinceridad. ¿A quién quería engañar? Tal vez ha hablado simplemente de los contrastes sexuales para producir algún efecto. Sin demasiada esperanza.

En una tarde cálida y azul, nos paseamos a orillas del Sena. Una gran caricia luminosa caía del cielo. Guy añoraba los tiempos en los que, siendo un joven remero, pasaba todas sus jornadas remando sobre la lisa y dorada agua del río. Una aglomeración atrajo nuestra atención. Unos bañistas y unos remeros rodeaban el cadáver de una joven que acababan de rescatar. Jamás he olvidado el lamentable espectáculo que ofrecía, en ese marco

idílico, bajo la brillante luz, ese andrajo rodeado de grandes bigotes.

Mi amigo me arrastraba sin decir nada. No hizo ninguna reflexión sobre ese triste espectáculo. Más tarde, ordenando unos papeles con él, encontré estas líneas olvidadas: « Al borde del agua, ella no era más que una forma inmóvil. Esos ojos que sin duda habían sonreído al amor, no eran más que unos indiferentes espejos de un paisaje primaveral, y la brisa que corría sobre las hierbas vino dulcemente a acariciar sus cabellos.»

Él me dijo todavía: « De niño, experimentaba una autentica voluptuosidad deteniéndome solo ante el Océano tranquilo o agitado por la tempestad. Entonces me parecía oír en los gemidos de las marejadas o en el murmullo de las olas que venían a romper a mis pies, la llamada de las sirenas invitándose a seguirlas a algún maravilloso palacio submarino poblado de magia y de sueños. Hoy todavía permanezco durante largo tiempo ante el mar. Bajo el cielo gris las gaviotas giran con ese agudo grito de polea oxidada. En un instante se dejan llevar por el viento, luego regresan, de cara a la borrasca, casi inmóviles, con las alas totalmente desplegadas. »

¿De dónde proviene en Guy esta voluntad de huir de las mujeres? Se remonta a su primera juventud. En la playa de Étretat, había conocido a una hermosa joven, Fanny le Cl... de la que se había prendado enseguida. Un día ella le pidió unos versos. Muy halagado, Guy había escrito para ella

un poema en el cual había puesto todo su corazón. A partir de ese día, no volvería a encontrar más a la mujer amada. La busca por todas partes en vano. Por fin, se arma del coraje necesario para ir a su casa, en un pequeño chalet situado no lejos de la casa de sus padres. Al llegar al jardín, el jovencito queda sorprendido al oír unas ostensibles carcajadas. Intrigado, se acerca sigilosamente y es entonces cuando oye la voz de Fanny le Cl... ¡recitar sus propios versos partiéndose de risa! Se trataba de su poema el que ella despedazaba de ese modo. ¡Era su nombre el que estaba despellejando ante un círculo de imbéciles!

Fuera de sí, sofocando sus lágrimas y su rabia, huyó.

Guy jamás olvidó esa afrenta. Jamás perdonó a las demás mujeres ese sufrimiento. Y hoy, todavía con el solo recuerdo de esa grotesca escena, experimenta una sensación enfermiza y no puede reprimir un gesto de asco.

Léon Fontaine me confirma este hecho¹⁴.

Mi amigo ama las artes.

Escribió un *Salón*¹⁵ donde se muestra muy sensible, muy conecedor y hombre de clase. En *La Vida Errante*, habla de la Venus de Siracusa con emoción. Es el aspecto plástico, sensual, de la mujer lo que le emociona. Le gusta rodearse de cuadros, de muebles, de alfombras, de bellos objetos antiguos.

¹⁴ Léon Fontaine, alias “Petit Bleu”, fue testigo de la destrucción, por Maupassant, de las cartas de Gisèle d’Estoc.

¹⁵ Crónicas, bajo el título *Al salón*, aparecidas en *Le XIX^e Siècle* el 30 de abril, y los 2,6,10 y 18 de mayo de 1886.

Esa afición proviene de su casa materna y del apartamento de su padre que estaban repletos de muebles antiguos y de caras miniaturas de cerámica.

Lo que le gusta sobre todo en las estatuas antiguas, es el impulso de ciertos personajes de piedra. Lo he visto palidecer de deseo ante una *Venus* lasciva y provocadora. ¡Habría deseado despertar con sus caricias esa vida dormida en el mármol.

Una admirable *Diana* lo atrae durante tiempo con sus largas piernas victoriosas, con ese vientre estrecho y liso de adolescente. Positivamente él había caído enamorado. Se exaltaba igualmente con la poesía, los versos de Víctor Hugo y las hermosas páginas de Chateaubriand. A menudo me ha recitado versos de Musset:

<i>J'aime surtout les vers, cette langue immortelle, C'est peut-être una blasphème, et je le dis tout bas;</i>	<i>Sobre todo amo los versos, ese lenguaje inmortal Tal vez sea una blasfemia, y la digo susurrando;</i>
<i>Mais je l'aime à la rage. Elle a cela pour elle Que les sots d'aucun temps n'en ont su faire cas, Qu'elle nous vient de Dieu, qu'elle est limpide et claire, Que le monde l'entend et ne la comprend pas</i>	<i>Pero lo amo a rabiñar. Tiene eso Que los tontos de todos los tiempos no han sabido hacer, Que viene de Dios, que es límpido y claro, Que el mundo lo entiende y no lo comprende.¹⁶</i>

¹⁶ Musset, Nomouna, canto II, segunda estrofa. Gisèle cita de memoria. Hay que leer *podido* en vez de *sabido* (verso 4) y *bello* en lugar de *claro* (verso 5)

También le gustaba la música.

¡Nunca ha hablado de música con más finura e inteligencia! Recuerdo una noche, era una de nuestras primeras noches en Bezons. Por la ventana abierta entraban con el frescor de la noche, los últimos ruidos del campo. Llevado por la brisa que corría sobre el Sena, un canto de piano llegó hasta nosotros. Mi compañero reconoció enseguida a Cimarosa¹⁷, del que, como buen conocedor, sabía apreciar las melodías.

Le entusiasmaba Mozart, cuyos cantos despertaban en él el dulzor febril de los recuerdos.

« Fue escuchando Don Juan cuando sentí por primera vez el terrible poder de la muerte y el peligroso delirio de la carne.» También decía: « La música me arrastra, me eleva hacia un plano superior.»

Cuando Guy hablaba, era encantador. Sus novelas y sus cuentos que son casi todas obras maestras, no pueden dar una idea de su encanto de conversador. Era ciertamente un conversador maravilloso. Los seres de los que hablaba se animaban, se les veía, se les oía. Se podía seguir en sus palabras el movimiento de su pensamiento.

« El desierto de los hombres es a menudo más profundo, más desesperante, que el de arena. »

Escribió esta frase con su hermosa escritura clara en una tarjeta que representaba el puente del *Bel Ami* con todas las velas desplegadas.

¹⁷ Compositor italiano (1749-1801)

Y esa otra frase escrita a lápiz, al margen de una página de una de sus novelas: « Quise matar el miedo. Quise contrariar la suerte que está en camino. ¿Pero puede un hombre concertar una cita con el destino? »

Y aún estas palabras: « Unos pasos misteriosos se cruzan sobre la arena. » « Me gustaría separarme de mi mismo. » « La pasión debe ser un aniquilamiento absoluto. »

En racha de confidencias, ayer noche en Bezons, tras cenar en Guillot, a orillas del Sena, Guy me ha contado como a los veinte años había contraído la sífilis con una encantadora « rana », compañera de remo, como Berthe Lamarre que debía convertirse en la heroína de su relato *Mouche*. La horrible cuestión es que no haya consentido nunca en cuidarse.

Solamente en una ocasión, habiendo perdido todos sus cabellos, había sido presa de un verdadero pánico. Se había precipitado a casa de un médico de la calle de Clichy. Como ese día los enfermos eran muy numerosos, había esperado más de tres horas, luego, en el momento de pasar al despacho de la consulta, había huido « no pudiendo, decía, soportar la vergüenza de mostrarse desnudo ante un hombre al que no había visto nunca, aunque fuese el médico. »

Lo que apenas puede creerse es que haya podido luchar durante veintidós años, contra ese temible microbio, sin cuidarse nunca; y que haya podido en diez años conseguir la proeza de escribir ¡más de cincuenta volúmenes!

Como se quejaba de las jaquecas que tenía sin cesar: « Fue una arpía quién me apretó la frente como un torno », le aconsejé que consultase a un médico de gran reputación, del que le di la dirección. La primera vez se puso colérico:

«¡Ah! los médicos, exclamó, si solamente hubiesen querido hacer algo por mí! Si hubiese encontrado uno solo entre todos aquellos a los que grité mi angustia! Pero ninguno se ha tomado la molestia de comprenderme y tratarme. En lugar de eso, no he encontrado más que falsos sabios, henchidos de orgullo, únicamente ocupados de sus pobres manías y de sus intereses. Nada han comprendido de mi estado; han ignorado todo de mi mal. Por eso los odio.»

De Guy: « En estos momentos estoy pasando por una crisis singular: el total desinterés por mi mismo. Un desapego por todo lo que antaño me apasionaba, hasta el punto de olvidarme de la vida. Ya no me place vivir. Mi propia presencia se me ha hecho insoportable. Un apagado terror se ha apoderado de mi cerebro, de mis pensamientos, otras veces vivos como el vuelo cortante de los vencejos. Caigo con más frecuencia en el fondo de esas tristezas, de las que soy el único en conocer sus aguas muertas.»

Éliane ha regresado; esa extraña muchacha de la que no sé nada, con esa máscara de faunesa, sus grandes ojos negros incandescentes, ese alto y flexible talle. Ella impresiona visiblemente a mi amigo. En ocasiones le hace olvidar la realidad.

Alrededor de él crea una especie de presencia demoníaca. Esa noche, Éliane ha bebido y siente el poderoso efecto del éter. Se ha tumbado en un sofá y nos muestra, muy complacientemente, sus hermosas piernas y, más arriba, entre la media y el encaje de la braga, la carne fascinante de sus muslos¹⁸.

La primera vez. Él me dijo: « Sobre esta cama en la que tantas veces me he hartado de quimeras, ahí donde cada noche, abrazo fantasmas; sobre esta cama de angustias y fiebres, quisiera ver por fin tumbarse el verdadero cuerpo de una enamorada.» Sus sabias caricias, sus dulces labios pronto han desarmado mi resistencia (?¹⁹). El placer eleva mis senos; gana poco a poco todo mi cuerpo. Mis rodillas se entreabren...

Entonces me ha poseído casi salvajemente, *con una especie de odio.*

Fue la vida quién me ha hecho ser astuta. Y los hombres...

Ese retrato de Guy por Louis Le Poittevin²⁰ me recuerda a esos viajeros con los cabellos alborotados, y con el cuello de la camisa entreabierto de los grabados románticos.

¹⁸ La descripción de esta mujer hace pensar en la misteriosa « Dama de gris » quien, si se cree al mayordomo François Tassart, obsesiona a Maupassant hacia el final de su vida. De hecho, ésta no era otra que Joséphine Litzelmann, la madre de los tres hijos naturales de Maupassant.

¹⁹ Este signo de interrogación es de Gisèle d'Estoc.

²⁰ Hijo de Alfred Le Poittevin, tío materno de Maupassant y gran amigo de Flaubert.

Una tarde en Sartrouville. Mi amante está tumbado sobre la cama, inmóvil. Apenas lo puedo adivinar en la sombra. Pareciese que, en los rincones oscuros, se mueven unos fantasmas.

¿Duerme? De pronto oigo su voz sorda, brusca que declama con violencia: « Ya son tres veces que él viene a detenerme en pleno trabajo. Al principio, tenía un rostro lacio e indiferente como se ven en los sueños, un rostro totalmente semejante a un reflejo de un retrato en un espejo. Esa vez no me habló. En la segunda visita, ese fantasma, que se me parece como un hermano, se me ha aparecido mucho más real. Ha caminado por mi despacho, he oído sus pasos. Luego se sentó en un sillón, con gestos sencillos, con naturalidad, como si estuviese en su casa. Después de su marcha he podido comprobar que había revuelto mis libros, mi papeles y otros objetos que se encontraban encima de mi mesa. Esa vez aún no ha dicho nada; su rostro permanecía siempre ajeno a mis preocupaciones, a mi trabajo. No fue más que en su tercera visita cuando finalmente pude captar el verdadero pensamiento de mi “doble”. Está furioso de mi presencia, me odia, me desprecia; ¿sabes por qué? ¡Pues bien! porque pretende que él solo es el autor de mis libros. *Y me acusa de robarle!*»

Yo estaba horrorizada. Esa voz monocorde me hacia un daño atroz y no podía hacer nada para detenerlo. Se habría dicho que una fuerza sobrehumana me mantenía clavada a su lado. Tras un corto silencio, la voz continuó, cambiada: « A

veces siento la locura circular furiosamente bajo mi cráneo »

Desde hace algunos días Guy sufre de nuevo atroces jaquecas. Incluso ha rehusado verme. A todas las peticiones de citas, a todas las invitaciones, responde, o bien hace responder invariablemente: « Desde luego, con el mayor placer si no tengo jaquecas, pues no estoy nunca seguro del día siguiente e igualmente de la siguiente hora. Incluso trabajar me resulta imposible.»

Esos días últimos ha respondido a uno de sus amigos que le solicitaba un artículo: « Me está absolutamente prohibido escribir, sea lo que sea. He cancelado mi colaboración con *Le Gaulois* y me veo obligado a dictar. Igualmente he interrumpido mi colaboración con *El Figaro*. Además voy a abandonar París para que no se me moleste. A mi regreso, espero tener elaborados algunos apuntes de viaje²¹»

Mi amigo partirá para Córcega con su madre.

Guy me ha escrito desde Córcega²², su madre ha caído enferma en Vico, pequeño pueblo en medio de las montañas. A consecuencia de ello, su viaje se

²¹ Los hechos referidos se remontan a la primavera de 1891. El 1 de abril, Maupassant abandonó efectivamente París, y no fue a Córcega sino a Niza. Fue unos años antes, en el otoño de 1881, cuando Maupassant visitó Córcega en compañía de su madre.

²² Esta carta:- no encontrada- no puede datar mas que de 1881, a principios de la relación entre Maupassant y Gisèle. La cronología del *Cahier d'amour* es incoherente. Es lamentable que no se pueda consultar el manuscrito que se encuentra en los Estados Unidos, en manos de un coleccionista anónimo.

ha interrumpido. Está absolutamente afligido porque ese país le encanta. Me envía unas descripciones pintorescas y entusiastas en ese estilo breve e irónico que da tanto realismo al espíritu.

De nuevo el éter:

Mi pena se ha entumecido súbitamente, como si hubiese caído en lo desconocido. Mis dolores se escapan de mi y se diluyen como si jamás hubiesen existido. Sin embargo, en un instante, me llega la idea lacerante de que toda mi angustia, no está más que momentáneamente adormilada; pronto me voy a despertar y a sufrir todavía más cruelmente. Pero una segundo después, habiendo penetrado mas profundamente en la embriaguez, me sumerjo con delicia, hundiéndome finalmente en un abismo de olvido.

En ocasiones, él desea renovar la visión de la « primera noche ». « Esta visión, dice, despierta curiosamente mi deseo. siempre pone en movimiento mi imaginación sexual.»

La sombra que, por sobresalto fugaz, diluye poco a poco los objetos de la pieza, parece respetar ese cuerpo tumbado inmóvil y ofreciéndose. Bajo el vestido, bruscamente arrancado, él se detiene largo tiempo en esas esculturales piernas subiendo hasta la flor entreabierta del vestido.

Laurence está dormida cerca de mí, totalmente desnuda. sus manos completamente plenas de caricias, se han deslizado en medio de mis muslos

abiertos como si quisiera todavía retener la felicidad en el vacío sin fin donde persiste la alegría.²³

«Curtirse, endurecer el corazón , hasta el momento en el que ya no se oiga más.»

Y yo que lo creía feliz, gozando plenamente de la vida, de la gloria y del amor de las mujeres, de tantas bellas mujeres. Esa hoja donde discurren en zigzag unas palabras tachadas, me ha revelado a menudo su secreto, su tormento. A través de esas líneas sin continuación, delirantes, me ha parecido oír un largo lamento, el temblor de una voz desconocida.

« Me gustan los espejos antiguos, me dice Guy la otra noche, ante nuestro espejo de Bezons, donde mi cuerpo desnudo se dibujaba en la penumbra. Me gusta detenerme ante la contemplación sombría de los espejos. Ellos encierran inviolables secretos de amor y de muerte. Mirando los viejos espejos, con su patina plateada turbia y enverdecida, se adivinan las cosas de antaño en la luz de antaño.»

Lejos de tí, oh mi amante, mi cuerpo se consume de deseo. Es como una granada entreabierta e inútil.

« Ya no creo en nada », dice a veces.

Sin embargo leo en sus ojos ese consuelo de los seres que no han acabado nunca de creer en algo.

De Guy hacia mí: « Eres voluble y devoradora como la llama.»

²³ ¿Este alejandrino es de Gisèle?

Hoy, muy tranquilo, con su bella voz musical, me ha dicho: « Siempre me han gustado las conversaciones al atardecer, en la envolvente y movediza sombra, esa región de donde a ciertas horas salen los fantasmas. Me gustan los ensueños al acercarse la noche, a la hora en la que el espíritu hundido en el sueño pierde conciencia de si mismo y se abandona a la aventura.»

Según Guy, la serie de las alucinaciones comienza en la calle Montchanin²⁴ después de una de mis prolongadas visitas; después de haber tratado de enfrascarse en el trabajo y sintiéndose afectado de vértigo, se tumbó un momento en el sofá. Justo frente a sí se encontraba un espejo. La idea de mirarse llegó a Guy. Se levantó y se colocó ante el espejo; entonces, de pronto sintió que la sangre se le helaba. *El cristal no le devolvía su imagen.*

« Jamás olvidaré, me contaba Guy más tarde, esa impresión de pavor que bruscamente me había asaltado. Durante cinco minutos quedé allí, de pie, agitado de un indefinible estremecimiento. Finalmente, acabé por descubrir, en el fondo del espejo, una forma lejana y confusa como el reflejo de mi mismo.»

Tu dices que soy hermosa y ardiente en el placer; dices que mis senos son para ti doblemente encantadores. Pero están también mis brazos y mis largas piernas que te enlazan en el momento en el que tengo estertores de amor.

²⁴ Maupassant se instala en el número 10 de la calle Montchanin a finales de abril de 1884, y permanece allí hasta septiem bre de 1889.

¡Todo eso es tuyo, entiéndelo bien, oh mi amante!

Guy tenía culto por la amistad. Con frecuencia me ha repetido: « En el fondo soy muy fiel.»

Como ocurre con muchos artistas, hay en sus pasiones, una gran parte de artificial y ficticio. Estoy persuadida de que si Guy me ha preferido a otras mujeres, ha sido por que yo era más la representación de un concepto de su espíritu y sin embargo no debo ser exactamente el personaje que él se ha creado desde su juventud. Al aproximarse la noche le ocurre, cuando su rostro toca mi rostro, que ve desprenderse de mi otra figura, tierna y misteriosa, aquella misma que ha sido modelada por sus sueños desde siempre. Pero esa figura se desvanece a la luz.

« Amo mi barco como se ama a un amigo. Cuando estoy en París o en Étretat su presencia me falta. Y cuando tras meses de ausencia, lo vuelvo a encontrar, experimento una verdadera alegría.»

Tras un silencio, Guy, de repente se vuelve triste y añade: A veces me pregunto con angustia en que se convertirá mi *Bel Ami* cuando yo ya no esté²⁵...»

Durante tres horas, Guy ha perdido la vista. Era atroz. Aullaba, quería matarse. He padecido todos los esfuerzos del mundo para calmarle. Le he tenido en mis brazos. Estaba totalmente desnuda con

²⁵ El *Bel Ami* fue vendido a un negociante de vinos de Burdeos, luego desguazado en 1904.

él. Entonces solamente bajo mis caricias y también turbado por el perfume de mi carne, se ha calmado poco a poco. Lo he mecido y mimado durante mucho tiempo, como a un niño enfermo.

Consultado el famoso oculista Landolt, ha manifestado que era normal, que en el caso de Guy esos trastornos se reproducirían a intervalos cada vez más próximos.

Ese gran oculista que conoce mejor que nadie la enfermedad de Guy, ha escrito sobre su caso un largo informe de donde he podido extraer las siguientes observaciones:

« Desde comienzos de 1880, Guy de Maupassant tenía una lesión, bien un ganglio paraocular, o más plausiblemente un núcleo de células intercerebrales. La constatación de ese síntoma puede muy bien corresponder a un diagnóstico de sífilis del sistema nervioso en el ochenta por ciento de los casos, y de parálisis general futura en aproximadamente un cuarenta por ciento.»

Se puede pues confirmar que Guy de Maupassant tiene las primeras manifestaciones indiscutibles de su mal a principios de 1880.

Hoy me ha dicho: « Tu cuerpo se ha convertido para mi en un mosaico de sensaciones extrañas y hasta ahora “imposibles de encontrar”.»

Me ha dicho todavía: « No hay verdadera alegría más que en el trabajo. La felicidad o el arte, hay que elegir. Yo he elegido. El corazón es un órgano peligroso. Lo he dejado atrofiarse

voluntariamente por falta de uso. Sí, creo que mejor ha sido así. Habría sufrido demasiado, me conozco... A veces he llegado a lamentarlo, pero pronto me he recuperado. Ahora mi corazón se calla: debe estar completamente muerto. Y además, ya es muy tarde. Demasiadas personas viven en el sueño. Es la locura. Sin contar que le frecuenta el trastorno a todo instante. Trabajar, solo eso importa. Mis libros son mis auténticos, *mis únicos* amigos. Mi obra me sirve de autoafirmación. Todo es está muy claro en mi.»

Hoy acabo de saber que Guy está loco²⁶.

Que atroz suplicio ha debido soportar, ¡ él, que tanto temía ese terrible final!

Vuelvo a verlo a veces con una claridad fotográfica sentado en su mesa y escribiendo, inclinando la cabeza, un poco ladeada. Un tic revela a veces los hombros rectos, como en Bonaparte.

Siempre, siempre estuve atenta a sus gestos, descubriendo con amor la lentitud de sus ojos, la forma de sus dedos.

En sus momentos de lucidez, Maupassant sufre sintiéndose prisionero en la residencia del doctor Blanche. Le gustaría regresar a su apartamento.

He alquilado una casita en las afueras de Paris. Allí, lo cuidaré. Estoy segura de que él no me habría dejado morir sola en un manicomio. He hecho

²⁶ Maupassant fue internado, el 7 de enero de 1892, en la clínica del doctor Blanche de donde no saldrá hasta su muerte, el 6 de julio de 1893, a las nueve de la mañana. Un mes más tarde, el 5 de agosto, tendría cuarenta y tres años.

gestiones para poder cuidarlo, pero su familia²⁷ se ha opuesto categóricamente a ese proyecto.

He tenido el valor de ir a la « Residencia Blanche ». Antes de llamar, durante un momento, me he detenido en el jardín. Un olor dulzón a sauco me recordó con singular violencia una tarde pasada con Guy en el desierto de la isla Morante, entre Argenteuil y Bezons, en medio de un lecho de verdor. Estábamos suavemente mecidos por el susurro de los sauces y los llorones.

Ese día el Sena era como un espejo donde bullían innumerables reflejos. Habíamos disfrutado de un auténtico día de campestre. Según la tan hermosa expresión de Guy, habíamos « partido al azul ». Yo había corrido por los trigales como una colegiala para recoger unas margaritas que Guy se había divertido en deshojar recitándome un soneto de amor. Luego me recordó los bonitos versos del Viejo, en *Los Miserables*:

<i>Nous acheterons de bien belles choses,</i>	<i>Compraremos hermosas cosas</i>
<i>En nous promenant le long des faubourgs.</i>	<i>Paseándonos a lo largo de las avenidas.</i>
<i>Les bleuets sont bleus, les roses sont roses.</i>	<i>Los acianos son azules, las rosas son rosas.</i>
<i>Les bleuets sont bleus, j'aime mes amours</i>	<i>Los acianos son azules, amo mis amores.²⁸</i>

²⁷ Más precisamente, su madre, Laure de Maupassant.

²⁸ *Los Miserables*, I parte, libro VII, capítulo 6. Estos son los primeros versos de la nana con la que Fantine dormía a la pequeña Cosette. El *Viejo* designa a Victor Hugo.

Recuerdo perfectamente esa tarde, en la que, contra mi costumbre, había estado a punto de rendirme a la poesía de mi corazón.

Estaba tan tomada por este recuerdo, tenía la impresión tan clara de que estaba aún totalmente estremecida en los brazos de mi amante, que en un instante estuve tentada a renunciar a mi proyecto y volver por dónde había venido, llevándome de mi visita ese recuerdo tan preciso de nuestra felicidad de antaño.

Tras una larga vacilación, llamé a la puerta. Explicué el objeto de mi presencia allí. Se me respondió que una consigna inflexible había sido dada por la Sra. Laure de Maupassant. Ningún visitante, las mujeres sobre todo, no debían ser admitidas junto al enfermo.

Además, desde hacía varios días, ¡Maupassant no reconocía a nadie!

Me fui, con la muerte en el alma.

En el momento que franqueaba el paseo, el sol oblicuo doraba las copas de los grandes árboles. Era la hora emocionante antes del atardecer, esa hora en la que tantas veces había estado conmocionada por la súbita tristeza de mi amante.

Parece que él haya tenido muy pronto la sensación de su final. Escribe en uno de sus libros: «¡Oh! solo los locos son felices, porque han perdido el sentimiento de la realidad.»

Como se equivocaba el infeliz. Según el testimonio de sus médicos, *¡sufrió atrocemente hasta el último minuto!*

Se ha dicho que hasta el final de su vida, Guy, ya loco, insultaba a Dios, haciéndole responsable de todas sus desgracias. Eso es una odiosa mentira. Jamás se dirigió a Dios, incluso ni para injuriarle²⁹.

Se ha pretendido igualmente que había hecho de *La imitación de Jesucristo* su libro de cabecera. Eso es otro error. Maupassant se había interesado en un determinado momento por Lamennais, uno de los traductores de *La Imitación*, porque había atacado valientemente al egoísmo burgués. La palabra apocalíptica de ese profeta muerto en el desierto, había despertado los ecos de la Revolución. Maupassant admiraba al hombre que había sabido hablar al pueblo con ese lenguaje de exaltación y de esplendor. Lamennais había hecho levantar las frentes que se curvaban sobre el suelo hacia una contemplación metafísica donde debía surgir la señal de la felicidad universal, apoyada sobre una justicia universal.

En una sola ocasión Guy me dijo: « Para que llamar a Dios, ¡ *nunca responde* ¡»

Murió, allí, detrás de las rejas. Pero *siempre vivirá* en mi corazón.

Ahora ya no veo a Guy más que en mis sueños, puesto que allí es donde se encuentran los muertos.

²⁹ Gisèle se equivoca. Maupassant a menudo ha hecho a Dios responsable de la desgracia de los hombres. Véase, por ejemplo el relato titulado *La Inútil Belleza* y la novela – inacabada – *L'Angelus*.

